

LAS OBSESIONES NARRATIVAS DE ALBERTO HUERTA



Arturo Trejo Villafuerte

*Un individuo no puede ayudar ni salvar una época:
sólo puede decir que está perdida.*

Kierkegaard

Los antecedentes

Si definimos al lenguaje como la lengua cargada de sentido, no en oposición sino en composición, éste guarda un alto grado de contenido político, ideológico y social. El lenguaje se nutre del pueblo que lo ejercita y ejecuta, del escritor que usa el habla, los giros idiomáticos y que, a la vez, pone su grano de arena con nuevos aportes y que trata de hacerse entender y de convencer a los demás sobre las bondades, verdades y belleza que encierran sus palabras, las cuales se dan en las historias y poemas que construye o (re)crea con el fin de retroalimentar(se) a los hablantes que lo leen. Tras el cenit de la mal llamada “Literatura de la Onda”, nombre inventado por Margo Glantz y Xorge del Campo —epíteto que incluso uno de los padres de ella, José Agustín, reniega en cada oportunidad que tiene—, bajo el cual se juntaron en un mismo costal a muchos narradores de diversas escuelas y tendencias, se esperaba un renacimiento de una literatura vigorosa con cierta tendencia extremista ideológica, estética o éticamente hablando; sin embargo, la narrativa que brotó postsesenta y ocho fue cercada por la moralidad, por la normalidad, y se olvidaron los otros planos del discurso para cuestionar a una sociedad que se comenzaba

a tambalearse bajo los regímenes priístas, que cargaba una Revolución hecha estatua y monumento, pero que se había olvidado de quienes la hicieron: el pueblo.

La literatura no podía seguir así, en ese estado de plena complacencia. Y como respondiendo a un pedido del personal, surgen los talleres literarios, los cuales se distribuyen por diversas ciudades de provincia y en la misma capital, donde la gente acude a informarse, cuestionar, discutir y, sobre todo, para hacer literatura. Surge una literatura que señala los vicios de la sociedad capitalista desde la perspectiva de los marginados, los lumpen, y la visión complaciente de lo que debe de ser la literatura se transforma. También cambia la perspectiva del trabajo literario, la preceptiva, y los que hasta hace todavía unos años se consideraban los “escritores jóvenes”, que respondían a los nombres de José Emilio Pacheco, Gustavo Sainz, Parménides García Saldaña, Jesús Luis Benítez (estos dos eternamente jóvenes), Gerardo de la Torre, Alberto Dallal, René Avilés Fabila y José Agustín, por fin dejan esa etapa que les duró casi 50 años, mientras quienes vienen tras de ellos, con casi 30 o más años a cuestas, parecería que aún se encontraban en pañales desechables literarios. Pero el tiempo no se detiene y, desde los años 70, cuando participan en los talleres literarios y publican sus primeros trabajos en suplementos y páginas culturales, ganan premios y fundan revistas, hay un buen grupo de narradores empeñados en hacerse notar. Pero sus voces no salen de la clase media, como la mayoría de los escritores de “La Onda”, sino desde la marginalidad, la oposición política y la óptica de las minorías sexuales.

Tras la ruptura que significó el Movimiento del 68, hubo una serie de transformaciones que cimbraron a la antes estática sociedad mexicana. Un gobierno que masacra a sus estudiantes, acaso lo mejor de la sociedad, un cúmulo de anhelos por cumplirse, es un gobierno que no merece el poder, y bajo esa perspectiva, deviene una ruptura que se confirma el “Jueves de Corpus” de 1971: no hay igualdad entre desiguales, hay quienes reprimen y quienes son reprimidos; el gobierno no respeta a la sociedad de donde emanó; hay quienes sirven sin conciencia y hay quienes tienen plena conciencia de sus pasos ante la sociedad. Los estudiantes, como estamento social, se amoldarán en muchos de los casos al *status quo* tras recibirse, o en otros sólo serán una válvula de escape: represor o reprimido cuando sean lo que quisieron ser. En este contexto se da un nuevo enfoque de la literatura

mexicana cuando desde el lumpen hasta las clases medias bajas tienen acceso a la escuela, a la instrucción y a la literatura, aunque no en ese orden.

Pero si en 1968 se da la ruptura, el presagio a ese hecho se comenzó a mencionar desde antes en la literatura en novelas como *La tumba*, de José Agustín, y *Gazapo*, de Gustavo Sainz (publicadas en 1964 y 1965, respectivamente), donde se exhibe a una juventud cuestionadora de la autoridad “porque sí”; el orden impuesto contra el cual no hay defensa excepto rebelándose. Sin duda una de las novelas que por su tema y estructura, su lenguaje, hace un rompimiento radical con los otros modos de hacer narrativa de ese instante es *Chin-chin el teporocho*, de Armando Ramírez, donde el mensaje latente es el que nosotros “los de acá”, también tenemos cosas que contar y lo podemos y lo sabemos hacer. Aunque no fuera su idea central, *Chin-chin...* es una crítica feroz a un sistema económico y político descarnado que induce a un hombre “normal” a terminar sus días en el alcohol, a abandonarse ante las circunstancias adversas y la imposibilidad de redención ante las murallas levantadas por una sociedad atroz que hace descender a sus jóvenes hasta los más bajos escaños de la perdición, que les niega la reivindicación, el placer, sus derechos elementales y las mínimas satisfacciones.

Paralelamente a este trabajo reivindicativo y ciudadano de Armando Ramírez, se daba una generación de poetas y narradores, de la capital y de la provincia, con una visión cosmopolita del mundo, en donde tenía sitio el rock, los autores mundiales de gran renombre y prestigio, además de las ideas políticas en boga que iban de Mao, Marx, Lenin, Trotsky hasta Bakunin, el “Che” Guevara y Camilo Cienfuegos. Muchos de ellos se formaron en los talleres que coordinó y dirigió el narrador ecuatoriano Miguel Donoso Pareja (1932), sobre todo los de Aguascalientes y San Luis Potosí. En ellos se comenzó a gestar esta generación que, a diferencia de la de “La Onda”, aunque en muchos casos aceptando algunas propuestas e influencias, pintaría al mundo de otro color y eso se haría patente en la narrativa de Ignacio Betancourt (San Luis Potosí, 1948), David Ojeda (San Luis Potosí, 1951) y Alberto Huerta (Zacatecas, 1945), los tres ganadores de importantes premios, los tres con una producción narrativa similar aunque con sus diferencias en los matices, temas y géneros. Sin embargo, el más inquieto y quien ha intentado buscar su tono, su voz, en los diversos géneros —el cuento, el teatro y la novela— es Alberto Huerta, quien se inicia en la literatura con el volumen titulado *Amor ciego* (Ed. Gobierno

del Edo. de México, 1974, Col. "Abra palabra"), el cual reúne cinco obras de teatro muy cercanas a lo narrativo. Luego publicaría *6 x 3 = 18* (colectivo, Ed. Extemporáneos, México, 1977), *Declaro sin escrúpulos* (colectivo, Ed. Ediciones de la revista *Punto de Partida*, UNAM, México, 1978), *Ojalá estuvieras aquí* (Premio Nacional de Cuento 1977; Ed. Joaquín Mortiz, México, 1978, 89 pp.), *Motel Paraiso* (Ed. INBA-FONAPAS, San Luis Potosí, ediciones de la revista *Tierra Adentro*, Serie Taller, México, 1980, 123 pp.), *Torito no murió en el incendio de la vecindad* (colectivo, Voluntariado del Congreso del Edo. de Aguascalientes-Alianza de Escritores del Centro, México, 1986), *Almohadón de vientos* (Ed. UAP-UAZ-Premiá, México, 1987, 80 pp.) y *Block de notas* (Ed. Joaquín Mortiz, México, 1989, 101 pp.), obras que lo muestran como un narrador consistente y lo ubican como una voz interesante dentro del panorama de los autores postonderos.

Ojalá estuvieras aquí o el transcurrir del pensamiento

Si para la generación de "La Onda" escribir era como platicar, plasmar el discurso oral más que el perfectamente estructurado de la escritura, sobre todo por la influencia del surrealismo, Freud y el psicoanálisis, J. D. Salinger, los escritores de la generación Beat estadounidense y por el flujo de su propia memoria que corre antes de caminar, sobre todo por la idea del tiempo en el rock y el blues, además de estar más propensos al alucine causado por las drogas o por la cruenta realidad, para la generación que les sigue asumen el acto de la escritura desde perspectivas diferentes y dejar que el pensamiento vuele de otra manera, lo que repercute en el manejo de los temas y en las formas que se usan al hacer sus estructuras lingüísticas tanto en la narrativa como en los poemas.

En *Ojalá estuvieras aquí*, Alberto Huerta hace palpable este procedimiento al dejar que la narración se realice desde la primera persona, o cuando hay alguien que describe y activa los mecanismos para que se dé la acción. Por otro lado, el autor es un nostálgico, un evocador de mejores tiempos, de las posibilidades que nunca se cumplieron. Si la realidad fue de esta manera, siempre hay la posibilidad de imaginarla como hubiéramos querido que fuera, sobre todo al recobrar ciertos hechos y situaciones y al escribirlos ahora. Pasado y futuro pueden ser perfectibles, por eso desde la

óptica del ‘pacheco’ o del activista político, desde el degustador y fanático del blues y rock, el sujeto que realiza la acción narrativa (¿o el mismo autor?), tiende a evocar o a invocar esas otras presencias que hablan de lo que pudo ser o fue, pero ahora es sólo el relato en la hoja en blanco. El mismo título del libro, *Ojalá estuvieras aquí*, con todo y sus reminiscencias pinkfloydianas, habla de una evocación no satisfactoria porque hay circunstancias que nos impiden viajar, crecer, envejecer juntos. Si la literatura es, por principio, evocación e invocación (se evoca lo que se perdió, lo que ya no se tiene, que es el fundamento de la historia; se invoca lo que no se tiene, lo que se desea, el razonamiento de la poesía y la oración), Alberto Huerta opta por el recurso de reencontrarse en la memoria y de escribir con el flujo de su pensamiento aunque cuidando las formas para no hacerlo atropelladamente.

Contra lo que se pudiera pensar, en esta generación nacida bajo la sombra de los talleres, no se ve el reflejo patente o la influencia del coordinador. La narrativa de Alberto Huerta tiende hacia otras vertientes y, así, en sus textos de teatro de *Amor ciego*, más cercanos a la estructura de un relato, en el sendero trazado por los surrealistas, por Samuel Becket y el llamado ‘Teatro del Absurdo’, en *Ojalá estuvieras aquí*, su libro premiado, hay un desahogo de la imaginación, de la conciencia, donde se hacen patentes distintos estados de ánimo y planos de observación. Así, por ejemplo, en ‘De nuevo: Blues’ hay un diálogo-monólogo entre el narrador y la muchacha del pelo rojo que tiene un negocio de tatuajes para elefantes, que hace zapatos para hormigas de piel de co-co-dri-lo (palabra mágica, señala la chava); bien puede ser un desahogo de conciencia, un recuerdo o un estado alucinado causado por unos tragos de whisky ‘White Horse’ y una dosis de droga.

En ‘El verano casi terminó’ hay un hombre hablando de sus circunstancias, de un país dividido por una línea imaginaria (¿el Ecuador y Donoso Pareja?), entonces el personaje tiene un desdoblamiento real o ficticio, da lo mismo, mientras observa a la ciudad y a los asistentes a una conferencia, luego llega una mujer a la que ha amado o ama —o se imagina que ésta llega— y así mientras le toca un seno o el bajo vientre, guiado por la propia mujer, el hombre atiende a lo que menciona otro hombre, sus llamados de alerta sobre la mujer y, finalmente, él también observa sus circunstancias: la mujer que siempre estará con él, en las otras mujeres, el Motel Paraíso, el personaje que busca identidad, finalmente el perderse en las calles del

narrador y de los personajes. En el relato, como en otros de Huerta, no hay una anécdota convencional que nos guíe, no es una tradicional historia de amor, tampoco una mera descripción, sino el flujo incontenible de la conciencia con un desorden ordenado (como señalaba Julio Cortázar: dos desórdenes forman un orden), con sus planos y dimensiones: vigilia, sueño y ensueño, estados alterados de la conciencia y flujo alterado de la evocación.

Pero cuando mencionamos el flujo libre de la imaginación, no hablamos de un relato estilo Alain Robbe-Grillet o Michel Butor, sino más apegado a un nuevo naturalismo que, en su primer impulso lo dio Emile Zola y entre nosotros Federico Gamboa, y en las épocas que corren asume una captación de la realidad más profunda porque *Las enseñanzas de don Juan*, de Carlos Castaneda, no fueron en vano y todo lo que ha pasado desde 1968 hasta la fecha, afecta de manera considerable la conciencia del escritor. George Steiner lo manifiesta de manera sabia: “lo que el hombre ha hecho al hombre, en una época muy reciente, ha afectado a la materia prima del escritor —la suma y la potencialidad del comportamiento humano— y oprime su cerebro con unas tinieblas nuevas”. También lo señala, de manera más radical y sintomática, T. W. Adorno: “Después de Auschwitz, ya no hay lugar para la poesía”. Pese a esas contingencias amenazantes y a las luchas fratricidas, el hombre continúa su camino y sabe que debe cantar para preservar su humanidad, la especie, la historia, sus gustos y tendencias. Nuestro pasado es parte del presente y pieza fundamental del futuro. Y precisamente para hacernos notar la diferencia entre el flujo de la memoria en Huerta y el flujo de la escritura en los franceses de la “Nueva novela”, viene “Pacífico jardín”, un relato de interioridad y exterioridad, donde pasan “cosas” en el cerebro del ex convicto, pero también suceden infinidad de “cosas” afuera; la muchacha, por ejemplo, puede estar afuera o adentro, pero lo aparentemente real es el disparo de Olmedo y lo amargo del trago.

En “Podríamos ser tan buenos juntos”, de nueva cuenta el narrador, mientras observa a una mujer, se sumerge en la evocación de los tiempos pasados y felices; ante la incertidumbre del presente y del futuro se afianza del asidero del recuerdo: “No somos sino memoria... La memoria no es lo que se recuerda, sino lo que olvidamos... La memoria es lo que uno hace y nadie ha visto, lo que no tiene recuerdo”; sin embargo, el narrador recuerda los senos puntiagudos, los días amorosos, la bufanda blanca y, finalmente,

están las cosas de ella para que el recuerdo siga presente. El narrador carga de sentido a la historia y le da un valor a cada suceso.

El cuento que le da nombre al libro, y con alicios pinkfloydianos, “Ojalá estuvieras aquí”, es uno de los más cortos del volumen, tres páginas; sin embargo es un relato concentrado y en él se hace patente el cruce de realidades entre el tipo que está a punto de hacer el amor y que recuerda la represión, o los tipos que están siendo baleados por los guaruras y uno de ellos se imagina un ventanal y en él una mujer de bello cuerpo, quitándose las prendas íntimas. En este relato, como en otros del volumen, quien busca literatura la encuentra, quien quiere un mensaje o masaje ideológico lo hallará, como sucede con el cortazariano cuento que sigue: “El camino angosto”, donde a la manera de *Rayuela*, pero presagiando ya *Motel Paraíso*, con París, una Maga-Adriana, una puta conocida como *La Araña*, el cruce de realidades entre lo que sucede en Francia y en dicho motel, a través de una correspondencia, personajes en busca de identidad y la narración que fluye en tres niveles de conciencia: la de quien escribe, quien está en París y el propio relato, todos mezclados para formar una unidad de lenguaje que exige una lectura atenta. Otra de las cuestiones que se manejan, aparte de los acostones de uno de los protagonistas con *La Araña*, Adriana-Maga, es el de la marcha del 10 de junio, y quien narra es casi seguro que nunca estuvo ahí y que no conoce la zona: confunde la avenida Instituto Técnico y la llama Instituto Politécnico Nacional, pero eso hasta a Carlos Fuentes le ha sucedido en *Una familia lejana*, por lo que la podemos considerar una *peccata minuta*.

Ojalá estuvieras aquí es un libro interesante, pleno, que tiene todos los ingredientes para ser considerado un buen volumen y que, luego de los años que han pasado desde que obtuvo el Premio Nacional de Cuento de 1977, sigue manteniendo su frescura y se le encuentran más detalles atrayentes y una riqueza expresiva que en una primera y superficial lectura no es posible captar.

Motel Paraíso o donde la obsesión sigue siendo la misma

Motel Paraíso es una novela corta de apenas 123 páginas, pero puede ser considerada como el eje medular para explicarse o hacer explícitas ciertas obsesiones contenidas en la narrativa de Alberto Huerta. Tras de leer la

novela con el nombre de un motel de paso, aparentemente ficticio, porque en el lugar donde suceden los acostones, de tanta mugre y abandono, ni siquiera se le puede leer el nombre. Sin embargo, con la lectura de este volumen se comprenden otras historias del autor. *Motel Paraiso* tiene vasos comunicantes con *Ojalá estuvieras aquí*: aparece el narrador que siempre anda friqueado, sacado de onda por la partida de su Maga-Adriana —que ahora sabemos se suicidó tras de su ingreso al mundo del sexo y de la droga—, *El Chino*, quien está en la cárcel no por motivos políticos sino como principal sospechoso de la muerte de una joven y acomodada mujer. Ésta, a su vez, tras de recibir su aprendizaje sexual y de drogadicción por parte del protagonista-narrador, es testigo de la muerte de Josefo-Josefat-José, activista político y amigo de ambos, además de una especie de gurú enigmático, mientras asalta un banco con otros guerrilleros y matan a varios policías.

Sabemos luego que el cuento titulado “Ojalá estuvieras aquí”, tiene que ver con esta novela: los jóvenes apañados por los guaruras son Josefo y *El Chino*, entre otros; los padres de Adriana son testigos de la acción pero se sumergen en un silencio cómplice de la represión, y luego sufren al ver que su hija es compañera de esos greñudos, activistas y “pachecos”. Con la novela se atan y se aclaran cabos, se unen historias y van saliendo las verdaderas obsesiones del narrador-autor: la mujer perdida en forma trágica que sigue en su memoria, la certeza de que el activismo político, por desgracia, no decide ni cambia nada pero es el “truene” de muchas de las mejores mentes de alguna generación; finalmente, el gran reto que es la página en blanco y, a la vez, el lugar donde nuevamente suceden los hechos y el narrador se vuelve a encontrar con ese pasado causante de toda su evocación e invocación.

Motel Paraiso es una novela sumamente interesante; sus descripciones y sus cuadros generacionales están muy bien logrados, son plenos y rotundos: nos muestran a una juventud que se encuentra en el dilema de darse al pasón o al activismo político, una generación que se queda clavada, en muchas ocasiones, en las drogas, o que encuentran un trágico fin en acciones violentas dentro de la guerrilla o por la represión. No hay salvación posible, parece decir el autor-narrador, sin embargo, hay una forma de lograrlo plenamente: con la lucidez, con la imaginación, con el recuerdo, con la evocación que hará justicia. Jorge Luis Borges lo dice de esta manera: “La verdadera muerte es el olvido”, y Alberto Huerta no quiere que sus

obsesiones, personajes y pasado, se pierdan, se vayan en blanco, sin dejar huella. Sin duda, *Motel Paraiso* es una novela generacional interesante que reúne los elementos para ser leída y seguirla con atención, puesto que tiene también un poco de todo: sexo, política, cárcel, violencia. Sin llegar a los extremos de *¿Por qué no dijiste todo?* (1980), de Salvador Castañeda, en cuanto al tratamiento y la óptica interior desde la guerrilla, la represión y la cárcel; o al impresionismo cruento del activismo político de *Al cielo por asalto* (1979), de Agustín Ramos, Alberto Huerta nos describe y pinta el mundo carcelario, el activismo, la represión, los altibajos de una generación que se da al sexo o a la política con parecida intensidad y sinceridad. *Motel Paraiso*, de Alberto Huerta, debería de haber sido bien valorada en su momento, de ser leída con atención por la crítica cuando apareció, pero en ese instante no sucedió así y no se comprendió plenamente su propuesta estética, ética y moral, por lo que en torno a ella y a su autor se colocó esa pesada losa de la “conspiración del silencio”, de la que hablaba Elías Nandino, por tratarse de un autor que no forma parte de un grupo instalado en el poder y que además escribe desde alguna ciudad de la provincia.

Las otras obsesiones, ¿son las mismas?

En 1986 aparece *Torito no murió en el incendio de la vecindad*, volumen colectivo donde Huerta colabora con tres relatos que luego aparecerán en un libro posterior: *Block de notas* (1989). En 1987 publica *Almohadón de vientos*, un libro de relatos donde algunos cuentos nos parecen ya leídos, conocidos, o al menos tan parecidos a otros del autor; sin embargo, en ese libro hay otros textos que merecen una lectura atenta, como sería el caso de “Emergencia”, un cuento evocador, lleno de ternura, con guiños que vienen desde la infancia y que se hacen presentes cuando uno es adulto y valora todo de otra manera; el cuento que le da nombre al volumen, “Almohadón de vientos”, es intenso pero tiene muchas similitudes con otros relatos, se parece demasiado a otros textos, y esa arma, sobre la que llama la atención desde el principio el narrador, nos parece ya conocida; “Mambo” es una historia de primera línea que, aunque con reminiscencias de “El perseguidor”, de Julio Cortázar, sabe campear las similitudes y hacer patentes las diferencias para entregarnos a un personaje verosímil,

creíble, concreto: un pianista de tugurio que toca como los propios ángeles, como nunca, la víspera de que lo maten. Sencillamente un cuento de antología.

“La abuela” es un cuento muy bueno, imbuido con ciertas características de lo que se le ha llamado “real maravilloso” y con una atmósfera garciamarquiana. El relato es fresco y sumamente interesante: una abuela que vegeta y da rienda suelta a su imaginación erótica, que se dedica a comer flores y que se encuentra en un avanzado estado de pudrición.

En “Domingo” hay una radiografía intensa, cruel, irónica, de ciertas familias de la clase media que crea y hace de cada día festivo una receta: las clásicas *cubas*, la comida familiar, ver el fútbol, pasársela “bien” sin estar bien, y luego la llegada del clásico hijo inconforme, la oveja negra de la familia, que llega a su departamento a vomitar la comida dominguera y los tragos de “cacardi”. Una forma de protesta inexcusable pero simbólica de lo que representan esas familias clasemedieras.

“¡Basta!” es un cuento profundo, intenso, donde el obrero que defiende sus derechos termina encarcelado y evocando su vida en libertad. Para ser encarcelado se le hacen cargos falsos, y con la conciencia de que ha hecho lo justo, el obrero recuerda olores, sabores, colores, mientras se encuentra en prisión, comprendiendo que, de todos modos, es una víctima del sistema, tanto en la cárcel como fuera de ella.

“Tarántula” es un relato donde la represión es sentida y descrita desde adentro. Un profesor, que es una de las partes del todo social, se ve envuelto en la vorágine de una manifestación reprimida. Cae, y en esa acción, tras volver en sí, se da cuenta de toda la situación y, a través de *flash backs*, ata los cabos que lo llevan a asumirse y considerarse como una cosa que levantarán y acumularán junto con otros cuerpos, muertos o no. Él, aunque está vivo, es tratado como un mero cuerpo inerte, sin respetar sus pensamientos y su corporalidad de ser humano.

Almohadón de vientos en su conjunto es un libro, redondo, bien logrado y narrado, con textos intensos y plenos, donde se nota la escritura de madurez de Alberto Huerta; son textos mejor armados, aunque con algunas excepciones mínimas que no son determinantes en la calidad de este volumen.

Block de notas o el oficio de escribir

El volumen de relatos *Block de notas* (1980) abre con un excelente cuento de atmósfera real maravillosa: “Los pájaros”, en el cual, pese al título hitchcockiano y a la necesaria referencia cinematográfica que es siempre actual, el escritor gana y nos entrega un texto que adquiere su propio nivel y, conforme se avanza en la narración, nos sentimos envueltos en ese ambiente que evoca el abuelo conforme chupa su pipa y habla del extraño (y maravilloso) arribo de cientos de pájaros que pueblan la casa y hacen que cambien las cosas en los alrededores. “A veces los cowboys perdían las batallas con los indios por las tardes” es un relato evocador, lleno de ternura, donde un adulto evoca sus momentos vespertinos de la infancia. “Uno” es la historia de un olvido, de una amnesia, de un hombre que vivió rodeado de mariposas y ahora, recluido en un hospital, sólo tiene el consuelo de que quizás afuera sigan revoloteando y existiendo las mariposas. “El grito” es la historia de un momento de represión, situación que ya nos suena conocida a los lectores de Huerta, sobre todo por la fuerza de la reiteración sobre el tema en otras historias del autor, aunque en este texto los hechos se dan de otra manera: se oyen los disparos y luego un grito, pero el personaje lo que está haciendo es recordar ciertos momentos únicos de su niñez y juventud mientras comienza a transformarse en un fiambre, una víctima más de los abusos del poder. Sin ninguna duda, entre todos los cuentos donde se da la represión y que maneja el autor, este es uno de los mejor logrados.

“¡Clang!” es un texto de sonidos producidos por un gong, ruido causado interiormente que acompaña al narrador; es un relato que, de nueva cuenta, como obsesión asumida plenamente por el autor, nos lleva al amor no logrado, frustrado, la evocación de mejores momentos. Al igual que en otros dos o tres cuentos de Huerta, ahí está la mariposa, que es como la presencia de la muerte o de la desdicha. El tema es obsesivo y reiterativo en la obra de Alberto Huerta, y este relato, a diferencia de otros parecidos en varios de sus libros anteriores, es más concreto, más pleno, de mayor intensidad. En “Todo lo he perdido” viene de nueva cuenta una de las obsesiones del autor: la pérdida de la amante, esa ausencia definitiva, esa carencia unánime —según manifiesta Igor Caruso en *La separación de los amantes*— que nunca dejará de pesarnos —excepto el día que dejemos de pensar o le rindamos tributo a la madre tierra.

El cuento que le da nombre al libro, “Block de notas”, trata otro *caro* tema para Alberto Huerta: el trabajo del escritor, esa labor solitaria que es acompañada por el sonido que brota desde el disco y que trata de poner en orden a los demonios que revolotean en la cabeza —como parte de la conciencia o de la memoria—, de la que surgen las palabras. Mientras busca su block de notas, donde como en una verdadera lámpara maravillosa están anotados los contenidos más preciosos y precisos: desde que se inició la historia, anotamos lo más importante, lo sobresaliente, lo inusual; desde siempre el hombre llevó a la escritura la palabra de Dios, las palabras más respetadas de la tribu, los textos de su peregrinar sobre la tierra, las cosas memorables, dignas de ser contadas y cantadas muchas generaciones después. Ahí precisamente, en un block de notas, están todas las obsesiones del escritor que responde al nombre de Alberto Huerta: sueño y ensueño, conciencia e inconciencia, ebriedad y trabajo, disipación y constancia, la mariposa negra y el erotismo, los pros y contras de la labor del escritor, un trabajo que se da desde y en el lenguaje, y que, como lo manifiesta George Steiner,

el lenguaje es el misterio que define al hombre, de que en éste su identidad y su presencia histórica se hacen explícitas de manera única. Es el lenguaje el que arranca al hombre de los códigos de señales deterministas, de lo inarticulado, de los silencios que habitan la mayor parte del ser. Si el silencio hubiera de retornar a una civilización destruida, sería un silencio doble, clamoroso y desesperado por el recuerdo de la palabra.

Huerta quiere que sus palabras, su lenguaje, su literatura, sean una caja de resonancia que amplifique, pero que no distorsione ese quehacer humano que se da en todas direcciones y que afecta cuerpo y alma, conciencia, subconciencia e inconciencia. Por eso en su “Block de notas” aparecen tres tipos de mujeres, que pueden ser consideradas como simbólicas, acaso tanto como los planos en los que se da el relato: realidad, irrealdad, sueño, tal vez como presente, pasado y futuro; o acaso las tres mujeres son tres etapas en la vida de un hombre cada cual, en su momento, consiguieron dejar su huella en la piel: el primer amor, la primera amante, la mujer de ahora, relación afectiva, sexual y de plenitud entre sentimiento y cuerpo. En cualquier caso esas tres mujeres son símbolos que quedan abiertos para que el lector forme su propio archivo de damas. Finalmente, como en otros cuentos de Alberto Huerta, hay una gaveta, en ella posiblemente un arma y luego el estruendo final.

“El último verano” es un texto que tiene de nueva cuenta vasos comunicantes con otros anteriores: aparece, de manera incidental el negro *Mambo*, quien fue muerto después de tocar como nunca; el Kit Cat Club, lugar donde toca el músico y toma unos tragos Adela *Blues* Campos, además de otros detalles. Este cuento es profundo, intenso, lleno de garra y color, nunca sabemos del todo qué ha pasado entre el boxeador y *Blues*, pero hay una historia que corre paralela mientras hay un encuentro en el ring y un narrador disfruta de una mujer (¿la misma *Blues*?); el cuento más que recordarnos a “*El Rayo Macoy*”, de Rafael Ramírez Heredia, nos recuerda “La noche de *Mantequilla*”, de Julio Cortázar, aunque guardadas todas las proporciones; sin embargo, el relato del autor zacatecano que ahora nos ocupa sale bien librado de cualquier comparación y deja una agradable sensación.

En “Buenas noches (Todo está bien)” de nuevo se da una atmósfera enrarecida: el rompimiento de la pareja, los tragos para aminorar el mal rato, una mujer en la encrucijada vital, alguien que parte. En el relato están las obsesiones recurrentes de otros textos de Huerta; sin embargo, en este episodio hay una intensidad muy especial, una tensión que es sostenida hasta el último instante cuando la mujer se derrumba.

“Recuento” es el relato con el que concluye *Block de notas*. Como su nombre lo indica, en él se da toda una recapitulación de los temas de Alberto Huerta: alcohol, abandono, muerte, ausencia. Como temas no hay nada nuevo, pero como tratamiento están los siempre renovados: Eros y Tanatos, el morir y vivir, la obsesión por guardar un poco en la memoria para que no se pierda algo que es importante para todos: la historia, la poesía, lo que da testimonio de nuestro paso por el mundo. El hombre, como decían Jean Paul Sartre y José Revueltas, es contingente, siempre está por suceder. Por eso ante el pasado evocador el hombre selecciona ciertos segmentos que dan cuenta de su capacidad de asombro y de absorción, ambas capacidades humanas que se demuestran en el quehacer humano por excelencia: hacer cultura. Somos humanos y avanzamos como humanidad, en la medida en que, a pesar de nuestros vicios y podredumbres, tenemos virtudes y conciencia de nuestro pasado, presente y, aunque sea oscuramente, también en forma vaga de qué nos puede deparar un futuro nunca lejano.

A la manera de Jorge Luis Borges, con sus temas recurrentes y sus obsesiones; en la misma forma en que Juan Carlos Onetti fundó su mítica Santa María; como lo hizo Juan Rulfo con la reunión de sus fantasmas en

Comala y con su ajuste de cuentas con quien mató a su padre y con la Revolución que nunca le hizo justicia a los campesinos que vuelven, de nueva cuenta, a *El llano en llamas*, en los libros de Alberto Huerta, en especial los dos últimos, son, aunque no quiera y no se lo haya propuesto, llamados a la conciencia lúcida de los hombres, un grito a la esperanza a pesar de que hay demasiadas cosas que se oponen al amor, a la fraternidad, a la democracia, a la igualdad entre todos los hombres de buen corazón y buenas intenciones. Los libros de Huerta, cargados con sus obsesiones y con sus más recónditos motivos, son un puño que golpea, una llamada de atención para conmovemos ante el dolor de nuestros semejantes, tan preciosamente humano, que es el de todos. Frank Kafka escribía, en una de sus famosas cartas:

Si el libro que leemos no nos despierta como un puño que nos golpeará en el cráneo, ¿para qué lo leemos? ¿Para que nos haga felices? Dios mío, también seríamos felices si no tuviéramos libros, y podríamos, si fuera necesario, escribir nosotros mismos los textos que nos hagan felices. Pero lo que debemos tener son esos libros que se precipitan sobre nosotros como la mala suerte y que nos perturban profundamente, como la muerte de alguien a quien amamos más que a nosotros mismos, como el suicidio. Un libro debe de ser como un pico de hielo que rompa el mar congelado que tenemos dentro.

Así siento los libros de Huerta, por eso lo leímos con interés y apostamos por su modo de hacer literatura; por eso también sentimos que es un autor que debe de leerse con atención y cuidado.

Dios Padre, Hgo.-Azcapotzalco, D. F.

BIBLIOGRAFÍA

Brushwood, John S., *México en su novela*, Ed. FCE, México, 1973, 396 pp.
———, *La novela mexicana (1967-1982)*, Ed. Grijalbo, México, 1985, 109 páginas.

(Ambos libros presentan una visión global de libros y autores, además de un enfoque crítico, creemos, no siempre acertado pero sí bien inten-

cionado e informado. En el segundo título no se incluye a Alberto Huerta.)

Glantz, Margo, *Onda y escritura en México: jóvenes de 20 a 30 años* (estudio preliminar, compilación y notas de), Ed. Siglo XXI, México, 1971, 473 pp.

Steiner, George, *Lenguaje y silencio*, Ed. Gedisa, México, 1990, 400 pp., trad. de Miguel Ultorio.